

del mismo Lutero, que apoyaban la necesidad de la confesion auricular. No supo en este punto qué responder. La respuesta, por otra parte, era imposible: los libros de Lutero estaban allí, y dobladas las hojas de ellos donde el dogma católico estaba sostenido por el doctor sajón. No podía, pues, responder mas que lo contestado por Jonás á sus adversarios, que le atacaban furiosamente: «Cuando Lutero dijo eso, estaba aun envuelto en las mantillas del papismo, las cuales habia sacudido despues.» Mas Melanchthon se contentó con referir cándidamente la objecion á Lutero, quien le contestó del modo mas singular:

«¡Por hacer gala de erudicion y de saber es por lo que mis adversarios citan mis contradicciones! ¡Qué asnos son! ¡Como si pudiesen ellos hablar de mis antilogismos! ¡Ellos no saben lo que se dicen cuando citan tantos y tantos textos, que les son incomprensibles! ¡Cómo ha de poder aparecer á sus ojos nuestra doctrina sino llena de contradicciones, cuando ella exige y condena las obras, niega y afirma la necesidad de ritos, honra y castiga la magistratura, afirma y niega el pecado? ¡Por qué hay aguas en el mar?»

«¿No es una refutacion bien singular? Melanchthon no se apresuró por presentarla á Faber. No habia un papista en la Alemania católica que hubiese hecho una justificacion semejante estando en lugar de Lutero.

Melanchthon, Jonás y Agricola trabajaban de consuno en la obra de la pacificacion en aquella *Eucaristia* que todos los espíritus esperaban ávidamente. Hacian grandes concesiones, y Melanchthon, por ejemplo, convenia en que era indispensable conservar la autoridad de los Obispos, dejándoles la facultad de arreglar las ceremonias del culto, de conservar ciertas prácticas en observancia entre los fieles. Lutero, por su parte, sin proscribir el episcopado, le disputó el derecho de establecer reglamentos para la Iglesia, que él llamaba asamblea de los fieles; ella sola reina y señora de las formas del culto y de las ceremonias

esteriores ó litúrgicas. Mas decia Faber: «¿Quién reunirá esta Iglesia, quién la convocará, puesto que abolis la autoridad pontificia?» El Obispo, que no es verdaderamente mas que un ecónomo, esto es, un administrador de las rentas y cosas eclesiásticas.

Mas, graves dificultades venian á turbar el juicio de su discípulo: desde luego la intervencion de los fieles en materias dogmáticas, para ellos estrañas; el daño que debia causar al dogma una accion popular fuera de toda ley y jurisdiccion; el rebajamiento del carácter sacerdotal y la dependencia del sacerdocio. Por ejemplo, si el procomún prescribe ó prohíbe el ayuno, ¿á quién apelaremos de su decision? Melanchthon comprendia perfectamente que una constitucion semejante llevaba rectamente á su negacion, al apostatado luterano; ¡porque Lutero no habia congregado á la comunidad de los fieles para predicar contra las indulgencias, para abolir los votos monásticos y la Misa, para mutilar la enseñanza católica y quitarle las preces por los difuntos, el purgatorio y algunos sacramentos! Si el Obispo no tiene derecho de establecer las prácticas esteriores, las procesiones, peregrinaciones, ¿habrá podido un monge, sin mas que su autoridad privada, arrancar del catecismo los principales dogmas, y, como Lutero, dar al mundo cristiano un símbolo de su fe enteramente nuevo? Eck y Faber no tenian razon cuando gritaban: «¡Oh miseria del corazon humano!»

Lutero mismo previno y estableció que el Obispo no tuviese derecho de establecer estatutos piadosos, y que en este caso se le debia desobedecer, y morir antes que ceder á sus exigencias.

¡Justicia á Melanchthon! ¡Si el cisma no hubiese tenido por representantes en Augsburgo mas que hombres conciliadores como este, desde luego se hubiese apagado! Sabia él bien que las grandes asambleas no son propias mas que para fomenta los odios de los partidos, y habia

propuesto que se eligiesen por ambas partes un número de teólogos que disputasen sobre los puntos de la controversia, sin acudir al alboroto en sus debates. Esta proposición fue aprobada por unanimidad.

De ambas partes había hombres distinguidos, oradores avezados á la palabra, casuistas sutiles, para quienes habían desaparecido las dificultades de la escuela. Sucesivamente se agitaron los diversos artículos de la exomologisis luterana; su contenido sobre la fe, sobre el mérito de las obras, sobre la penitencia y sobre el Sacramento de la Eucaristía. Faber y Eck hicieron admirar su prodigiosa memoria; sabían hasta la última sílaba de Lutero. Eck, con su lenguaje figurado, daba al padre de la Reforma tantas cabezas como bocas, y tantas bocas como veces habló y enseñó sobre un mismo punto multitud de doctrinas diferentes. La Reforma no estaba menos alta; su lenguaje era menos duro. Se dedicó la mañana á lo dogmático, y la tarde á la disciplina. Melanchthon asistía á todas las conferencias, y en ellas su dulce palabra reprimía la cólera, pronta á salir á la palestra y á destruir la obra de paz, en la cual fundaba él toda su gloria. Desgraciadamente todo lo que había edificado con tanto trabajo en el cenáculo de los teólogos, estaba por la tarde abandonado al exámen burlon y á la mirada hurañá de ciertos puritanos reformadores, que no querían con Roma paz ni tregua: Lutero era el jefe de estas voluntades de hierro.

Melanchthon, por ejemplo, reconocía la jurisdicción episcopal en pro del interés de la sociedad política y religiosa. Era, pues, de opinión que los Obispos á quienes se había arrojado de sus Sillas volviesen y fuesen restablecidos en ellas. «¿Y á qué ejército concederemos esta victoria de la fuerza bruta, si los Obispos nos dejan nuestra doctrina? ¿Queréis que os diga mi opinión? ¡Pues bien! Dominación episcopal y administración espiritual, todo quisiera yo restablecerlo. ¿Qué sería de la Iglesia sin poli-

teya! ¡Una tiranía mas intolerable que la que habíamos sufrido!»

Aun fue mas lejos: quería mantener al Papa como Jefe visible de la Iglesia. El 6 de julio escribió al Legado Campeggio esta carta, cuyo estilo contrasta admirablemente con aquel de que solía hacer uso Lutero:

«Nosotros no tenemos una doctrina diferente de la que confiesa la Iglesia católica: prontos á obedecerla, derrame ella sobre nosotros sus tesoros de bienandanza, de que es tan pródiga con otros hijos; estamos prontos á postrarnos á los pies del romano Pontífice, y á reconocer la jerarquía eclesiástica, con tal que no nos rechace mas. ¿Y por qué desechará él la súplica de los que imploran? ¿Por qué el hierro y el fuego, cuando la rota unidad está próxima á restablecerse?»

Mas, por desgracia, había una porción de príncipes y consejeros interesados en que no tuviese efecto el proyecto pacificador de Melanchthon. Había muchos cortesanos que adquirieran una brillante posición, y que al abrigo del nombre de su maestro podían ejercer el mas cumplido despotismo, como, por ejemplo, el canceller Bruck, que encubría con el celo por la Religión su odio contra el Papa, diciendo, con un tono hipócrita de compunción, «que en conciencia no podía reconocer al Antecristo anunciado por el Apóstol San Pablo.»

Melanchthon le respondió: «Tened cuidado; es pernicioso destruir un edificio que cuenta tantos siglos; y supongamos que el Papa sea un Antecristo, puede muy bien vivir bajo sus techos, como los israelitas bajo Faraon.»

Mas la voz de Bruck era mucho mas pujante. Sus amigos, que en otro tiempo habían sido envueltos en los Estados y que ocupaban altos puestos en las cortes de los príncipes, le repetían: «Nada de paz con el Antecristo y la bestia del Apocalipsis.» Los magistrados se unieron á los clérigos, y formaron una falange numerosa, que no había

abrazado la Reforma sino por sacudir el yugo sacerdotal, y que con la mudanza de religion habian ganado honores, titulos y riquezas.

En un momento se alzó un grito de reprobacion contra Melanchthon, á quien se acusaba de traicion y de venalidad. El pobre discípulo sucumbió de pena. Veia con dolor que su empresa se hacia imposible á virtud de los malos instintos de sus hermanos, de quienes decia á su maestro, descubriéndole la herida de la Reforma: «No es por el Evangelio por lo que combaten; es por el poder: poco se inquietan de la enseñanza y de la Religion; lo que quieren es el despotismo individual y la licencia!»

Bruck no ignoraba que la reconciliacion de los dos cultos tentada por Melanchthon vendria por fin á desgraciarse, porque Lutero se oponia. A los ojos del sajón, este pensamiento pacífico era una impiedad, un sacrilegio; y en tanto que Felipe usaba de sus fuerzas, del calor de su pluma y de su imaginacion, y hasta de sus lágrimas (que Cochée consideraba como hipócritas), para alcanzar una reconciliacion, Lutero, en su comentario al salmo segundo, dirigido al Arzobispo de Maguncia, á este gran mártir de la constancia católica, hizo un llamamiento, concitó el odio y sublevó la cólera de los príncipes alemanes contra el pontificado, y ofreció su sangre en holocausto del triunfo de sus pasiones.

«Dejad rabiar al Rey, rugir al Papa, echar pestes á los príncipes: nuestro Rey reina, y el hijo de la casa. Mis queridos señores, vosotros le dejareis bien tranquilo; si no, enviadle un cartel, y lanzadle al rostro nuestra cólera y nuestro reto, para que se precava y vista de sus armas, y alce una batería... Nosotros los alemanes, ¿dejaremos de creer en el Papa hasta que nos haya dado un baño, no de agua, sino de sangre? En tanto que nuestros príncipes se tiran de los cabellos, él se rie con una sonrisa de placer, y dice: «Bien, bestiazas de alemanes; ¿no me quereis á mí

»por Papa? pues ved cómo lo soy.» Yo no soy profeta; mas os ruego tengais cuidado, pues no tanto tendreis que hacer con el Papa y su pandilla, sino con el mismo diablo y sus tretas, que yo bien conozco.»

Y como Melanchthon estaba tímido, le dirigia estas palabras de piedad y desprecio: «Al que muere de susto, los rebuznos del burro deben servir de responso; y á vos, que moris de vuestra propia cobardia, ¿qué canto hemos de entonar?»

Spalatino estaba por la paz, como Melanchthon. Estaba viejo, quebrado, enfermo; le habian gastado las tempestades en que se habia hallado con Lutero. No aspiraba mas que al descanso de la tumba, y queria bajar á ella dulcemente, precediendo á Martin, á quien queria procurar algunas horas de descanso.

En Augsburgo los católicos insistieron tenazmente sobre el restablecimiento de la Misa. Spalatino y Melanchthon se inclinaban á lo mismo; pero temiendo desagradar á Lutero, le escribió Felipe en términos llenos de amistad y cóndescendencia. Veamos cómo contestó el sajón.

«Jesucristo es quien ha instituido la Misa; mas no ha hablado á su Iglesia de Misa privada. El mismo no dice: «Yo tengo buena intencion;» sino: «Yo tengo por mia la palabra de Dios.» Nada de novedades en el culto divino sin mandato espreso del Señor: así lo enseñé yo en otro tiempo. Vos direis por el mismo motivo: «Yo quiero hacerme fraile, por motivo de piedad;» fraile y Misa privada, todo fue juzgado en otro tiempo. No conviene perdonarles aun, no sea acaso resuciten: al ladrón la horca; este es su puesto.»

¡Paso inmenso dado hácia la paz!

Melanchthon consiente en reconocer la supremacia del Papa y el poder de las llaves, y por consecuencia su infalibilidad, la jurisdiccion episcopal, la jerarquía eclesiástica, la espiciacion en esta y la otra vida por la oracion y el

arrepentimiento; Justo Jonás, que estaba pronto á restituir sus bienes á los eclesiásticos, á dar al monge su celdilla, al cura su presbiterio, al Obispo su palacio, y Spalatino, que queria restablecer la Misa privada y la institucion cenobítica. ¡Así volvía la Reforma al buen camino de la reconciliacion! Renegaba de Lutero, y no conservaba mas que su antigua animosidad á las doctrinas que con tanto trabajo habia procurado desarraigar del amor propio de sus teólogos: la Reforma acabó por convenir con Faber en la eficacia de las obras acompañada de la fe en Jesucristo.

Mas estaba Martin allí velando por destruir todo pensamiento de conciliacion: no queria ni paz ni tregua: era este un combate á muerte con el catolicismo: uno de los dos debia morir: ¡desgraciado el que se pusiera entre Lutero y el Papa! Le hubiese negado por su hermano. Ni la sangre que habia corrido en Alemania por el triunfo de sus doctrinas, que sus mismos discípulos estaban hoy prontos á negar, ni la sangre que correrá en un porvenir cercano, cuyo tiempo marcaba el mismo Lutero, ¡nada de eso le hace temblar! Quiso acabar á todo precio, y llegar á un punto en que no encontrase un católico en su camino, y que la antigua serpiente, como él llamaba al Papa, fuese aplastada bajo sus plantas, y que el mismo Papa aboliese el papismo. «Bella obra, escribia Lutero á Spalatino, la que habeis pensado, reconciliar al Papa con Lutero: tanto quiere el Papa á Lutero, como Lutero al Papa. Si lo conseguís, yo trabajaré por reconciliar á Cristo con Belial. Perezca Faraon, sálvese Israel: nada de paz; guerra eterna á los asesinos del justo Abel, que no pueden vivir sin beber la sangre de sus hermanos.»

Cuando Carlos V iba á entrar en Augsburgo, Lutero tuvo buen cuidado de esparcir entre los católicos las alabanzas del príncipe, haciéndole un hombre de Dios, un enviado del cielo, un nuevo Augusto, que tenia el amor y los votos de todos los pueblos. Y sus amigos no se olvidaban

de preguntar á los papistas si era este aquel teólogo feroz, á quien no cesaban de representar como enemigo de César. Mas observemos que el Emperador tenia necesidad de la paz, y hubiese querido destruir aquellas discordias religiosas que la Reforma habia traído á la Alemania. Dejó la vida á la Reforma; le cedió templos, la dejó simbolo y libros; solo le pidió que callase respecto á lo que el Concilio que ella habia solicitado juzgara por fin y estableciera despues de tantos años de discusion.

En este caso todo se mudó, y no debia esperarse en la clemencia del César; Carlos y sus consejeros no son hombres; son las puertas del infierno; jueces que no pueden juzgar su causa, y á quienes no cederá un pelo de su barba. Era entonces un tiempo en que el nombre del Emperador ó del Rey tenia un poder irresistible sobre el espíritu de los pueblos; y cuando hablaba el Emperador se creia que su voz venia del cielo, y que la sabiduría divina reposaba en sus labios. Lutero, para arruinar esta autoridad de la monarquia, imaginó una distincion, que mas tarde el filosofismo pudo encontrar bien fácilmente en el eserito de algun jesuita: «El príncipe, á quien todos deben obedecer; el cristiano, que no ha recibido del cielo el derecho de violentar las conciencias. Someteos á César: esta es la voluntad de Dios, que manda obedecer á los poderes de la tierra; mas resistid al cristiano que quiera violentar vuestra fe, porque es un precepto del cielo que vale mas obedecer á Dios que á los hombres.» Así, cuando un vasallo, como el landgrave de Hesse, desobedece al Emperador, que le prescribió, así como á los electores, no dejar á Augsburgo sin su permiso, el reformador no tiene palabras con que ensalzarle, porque aquel tuvo el valor de escapar, huyendo de una ciudad donde se queria tener cautiva la palabra de Dios.

Los electores, escitados por Lutero, esperaban ocasion de poder abandonar á Augsburgo y protestar contra el

decreto en que se amenazaba á la Reforma. La buscaron, y la encontraron en una rencilla suscitada de intento, y de que resultó la muerte de un soldado. En tal caso, amotinado el pueblo, es muertó el asesino, y entre tanto el elector de Sajonia se escapa por la puerta oriental en el momento en que el Emperador hacia doblar las guardias, porque habia adivinado los intentos de los disidentes.

Pocos dias despues pareció el decreto imperial de Carlos V, concediendo á los protestantes un plazo, hasta fin de abril de 1531, «para determinar si les seria mas conveniente volver á la comunión católica ó perseverar en el cisma, y para prepararse á esponer sus razones ante el Concilio que debería convocarse dentro de seis meses.»

Los príncipes protestaron contra la refutación de sus doctrinas con los textos bíblicos. Alegaron y recordaron el silencio con que por los doctores católicos se habia recibido su interpelación. Bruck presenta sus dolencias al Emperador, que no quiere recibir las. Los enviados de Strasburgo, Memmingen, Constanza y Lindau, se resistieron á firmar el decreto de la Dieta. Strasburgo habia abrazado la doctrina de Bucero, y por temor á la violencia formó una liga con Berna, Zurich y Bale. Se reducía el tratado á consignar que si el Emperador ó los príncipes amenazaran la libertad religiosa, estas tres ciudades levantarían tropas y acudirían á su mutua seguridad y defensa; que Strasburgo contribuiría con 20,000 escudos de oro cada mes para sostener 1,000 hombres de infantería; que si los cantones suizos se alborotaban por ventura, Strasburgo pagaría mensualmente 3,000 escudos de oro; que si los aliados eran atacados, la ciudad rhiniana debería aprontar 10,000 *milliers* (peso de mil libras) de pólvora, Zurich otra cantidad igual de grano, que debería depositarse en Bale. Este tratado se firmó sin consentimiento del Emperador. Este fue un acto de felonía, que Lutero glorifica como una inspiración divina. Olvidaba

que habia condenado á estos cristianos, que, bajo el nombre de paisanos, habian resistido á los magistrados civiles, y aclarado con su sangre algunos textos oscuros de los Libros Santos.

Si consideramos á la confesion de Augsburgo como un pensamiento de progreso, como una idea progresista, punto de vista bajo el que la han considerado los historiadores reformados, veremos que atentó al principio del libre examen proclamado por el cenobita sajón, dando á la Reforma esa *unidad* dogmática, esa simbólica, que debia rechazar, toda vez que cada inteligencia debia ser juez soberano de sus mismas creencias.

El catecismo es un absurdo, donde rige el derecho de libre interpretacion individual. Mas Lutero en esta confesion de fe destrona la razon individual, en cuya frente habia colocado en otro tiempo la mas bella de las coronas. Esta razon no es ya reina desde que se le impone un culto, un dogma, una fe, un simbolo. Lutero le habia dicho en otro tiempo: «Razon, tú eres libre,» y él mismo la condenó en esta vida y en la otra si ella se atreve á negar la presencia real. El mismo dió alas al pensamiento para que se lanzara á los espacios y se sobrepusiera á los mismos cielos, y escrutara los misterios que Dios oculta á sus criaturas, y fondeara las profundidades á que ninguna mirada osa llegar, para despreciar la autoridad de los siglos, las doctrinas de los doctores y de los Obispos, y para creer, en una palabra, todo cuanto su voluntad le dictase. Mas al presente le corta las alas, le hace caer del cielo, y le arroja á otro lecho de Procusto. Prueba á moverse, y Lutero le acusa de revoltoso y desobediente, pronto á renegar de él, como de una impiedad. Este es el libre examen, que ha producido los sacramentarios y los sectarios que vinieron á Augsburgo para pedir la libertad de conciencia. Y se les violentó, y se les quiso imponer un formulario; y ¿no es esto peor que lo que

pasaba en los tiempos de la autoridad? Al menos en el catolicismo la inteligencia se acostumbra á la obediencia, y lo hace sin trabajo desde que juzga el espíritu de Dios personificado en el Pontífice Sumo, Vicario de Dios en la tierra. Mas ¿qué diremos de una simbólica como la confesion de Augsburgo, trazada sobre pergamino, que Melanchthon hizo, deshizo, pulló, corrigió, la toma y la vuelve á dejar, la envía á Lutero, que la vuelve á tomar, la revisa, la amplifica, la reduce, la da vueltas en todos los sentidos, para enviarla, en fin, por el primer correo, á su discípulo, que la proclama la obra de la Reforma, la manifestacion de la verdad y la inspiracion del Espiritu-Santo? Evangelio singular, que no se parece á sí mismo, y que, reproducido tres veces en el espacio de medio siglo, tres veces se ha visto con nuevas variantes y desemejanzas entre unas y otras.

Hoy todo el que en alguna de las dos comuniones, protestante y reformada, tiene algun resto de lógica, rechaza los libros simbólicos.

«Las confesiones, ha dicho recientemente M. de la Harpe, son contrarias al principio de la confesion. El principio de la Reforma... esto es, la libertad, el derecho de elegir, el derecho de poner la Biblia bajo el poder de los hombres! una confesion de fe... esto es el Papa.»

co, en un primer, donde indicasen...
 para socorro...
 la Liga de Schmalkalda...
 ridad del país...
 de los...
 Apoyos...
 CAPITULO XXXV.

POLÍTICA DE LUTERO.

Liga de Schmalkalda.—Lutero combate á la Dieta en sus escritos.—Justifica la rebelion armada.—Su Aviso á los alemanes.—Explicacion de las desvergüenzas de Lutero.—Juicio de las tendencias de aquel libro.—Réplica de Lutero.—Tentativas del catolicismo para una reconciliacion que rechaza el reformador.—El protestantismo desecha al anabaptismo, y le obliga á tomar las armas.

Los esfuerzos de Melanchthon por devolver la paz á la Alemania habian chocado con los instintos apasionados de Lutero. Por instigacion del reformador habia Felipe de Hesse abandonado repentinamente á Augsburgo y puésto-se en rebelion abierta contra el Emperador. Los protestantes confiaron su suerte en manos de este príncipe, cuyo carácter infama la historia; héroe de taberna, todo fiero y arrogante con su espada cuando el peligro estaba lejos, y turbado completamente cuando le veia cercano. Bajo sus auspicios se concluyó la liga de Schmalkalda, ofensiva y defensiva entre los príncipes reformados, de la cual se apartó al primer signo de cólera del Emperador, y que resucitó posteriormente, hasta que Cárlos V, despues de la jornada de Muhlberg, tan funesta á la Reforma, le hizo espiar sus indecisiones y le puso, así como á Juan Federi-